

(p.428). De la mateixa manera, una carta enviada a un interlocutor castellà (no identificat: Claudio Sánchez Albornoz?) ens mostra també la seva voluntat d'estudiar la formació dels nacionalismes a la península ibèrica pels sentiments oposats que suscitaven en els espanyols. En aquest sentit, Vilar explicava al seu interlocutor que «li confessaré que una de les raons que em fan considerar Catalunya com una “nació” és el fet que sigui detestada com a nació pels seus veïns; n'hi ha prou amb prendre el tren de Barcelona a Madrid per sentir els castellans parlar dels catalans com els francesos parlen dels alemanys durant la guerra.» (p.439).

La realitat catalana impressionà Pierre Vilar des de 1927 i des d'aleshores continuarà a estudiar-la, com demostrà amb la seva tesi d'Estat, la citadíssima *Catalunya dins de l'Espanya moderna*. El llibre que ens proposa Rosa Congost ens permet reconstruir l'aventura intel·lectual fascinant del jove Pierre Vilar i una aproximació suggerent a l'enfoc metodològic que acompanyà a l'historiador francès per tota la seva vida.

Giovanni C. Cattini  
(Professor Serra Hùnter – Universitat de  
Barcelona)

Óscar Pérez Solís, *Un vocal español en la Komintern y otros escritos sobre la Rusia soviética, edición e introducción de Steven Forti*, Valencina de la Concepción (Sevilla), Renacimiento, 2018

“El viaje a Leningrado por ferrocarril, cruzando el Volga por Twer, que aun no se llamaba Kalinin, y el Volkhov, por donde hoy se oye con acento de gloria el castellano...” (p. 93). Así recordaba Óscar Pérez Solís el 13 de marzo de 1942, en plena acción de la División Azul sobre el frente oriental durante la Segunda Guerra Mun-

dial, sus últimos días en tierras soviéticas en 1924. Relataba su “huida de Rusia”, según el título de este texto que formaba parte de la serie de once entregas titulada “Un vocal español en la Komintern”, publicada en *El Español* de Juan Aparicio entre noviembre de 1942 y marzo del año siguiente. Por supuesto, esta reivindicación de la participación española junto a la Wehrmacht no era casual: era una manera de mostrar su posicionamiento junto al triunfante régimen franquista y su colaboración con la Alemania nazi y, simultáneamente, trazar un recorrido personal que le había llevado de la admiración por la experiencia comunista a su rechazo más absoluto en solamente veinte años.

Poner de relevancia esta sinuosa trayectoria, la de Pérez Solís, es uno de los méritos más relevantes de este libro, que pone a disposición de investigadores y lectores interesados en el complejo período de entreguerras un material importante, fundamental diría, para comprender algunas de las líneas fundamentales de la evolución intelectual y política de estos años que, como sabemos desde hace algunos años, tuvo en los saltos, las transiciones, entre proyectos políticos antiliberales una de sus expresiones más interesantes y difíciles de comprender en el marco de la lógica fascismo-antifascismo que dominó los años treinta y cuarenta.

Steven Forti, uno de los más importantes especialistas en este período en los ambientes historiográficos español e italiano, es el principal responsable de este trabajo. Como muestra en la introducción de este libro, el caso de Pérez Solís no tuvo nada excepcional en el contexto europeo. En realidad, como ya demostró el propio Forti en su excelente *El peso de la nación* (2014), el suyo puede ser entendido como la expresión de un proceso más general de

*transfuguismo*, de transiciones más o menos abruptas de la defensa de la experiencia bolchevique a la adhesión a regímenes fascistas o *fascistizados*, que tuvieron en Paul Marion o Nicola Bombacci otras expresiones similares a las del autor de nuestro libro. Por ello, Forti se encarga de recordar con acierto que la serie “Un vocal español en la Komintern” puede leerse en paralelo a otras expresiones europeas como el libro *Deux Russies* de Marion (1930), donde el antiguo miembro de PCF y posterior secretario general de Información y Propaganda del régimen de Vichy, recordaba, como Pérez Solís, su estancia en la Rusia soviética.

Pérez Solís (1882-1951) vivió su infancia entre Galicia y Asturias y tras un breve acercamiento al anarquismo en Las Palmas ingresó en la Agrupación Socialista Vallisoletana en 1910, donde pronto se convirtió en un activo militante y colaborador de *Vida Socialista* y el semanario *Adelante*. Fue uno de los animadores de la huelga de ferrocarriles de 1916 y de la de marzo del año siguiente. El fracaso de esta última huelga, no obstante, le llevó a darse de baja del PSOE. Tras algunos otros proyectos frustrados, consiguió ser elegido diputado provincial en 1920. Su perspectiva federalista, regionalista y moderada llevó a que Indalecio Prieto le propusiera dirigir en Bilbao *La lucha de clases*, el periódico de los socialistas vascos. Fue allí donde, como recuerda Forti, se produjo un “fuerte giro hacia la izquierda en sus posiciones”, un viraje hacia la defensa de las tesis favorables a la Internacional Comunista que se expresó en la lectura por parte del propio Pérez Solís de la declaración de escisión y fundación del Partido Comunista Obrero Español, que acabaría formando parte del Partido Comunista Español. Fueron años de especial tensión y violencia los que vivió Pérez

Solís en el País Vasco, donde en agosto de 1923 fue herido de bala durante un asalto de la policía a la Casa del Pueblo de Bilbao. Tras recuperarse de las heridas en Valladolid entre enero y marzo del año siguiente —en estos meses, recuerda Forti, Pérez Solís vivió “una primera crisis política y un primer acercamiento a la religión católica”—, huyó a Francia en junio de 1924, en plena dictadura de Primo de Rivera, camino de Moscú. Su ascendencia en el comunismo español y su inagotable activismo le llevaron a participar del V Congreso de la Internacional Comunista en Moscú, que tuvo lugar entre el 17 de junio y el 8 de julio, y a ser nombrado delegado español de la Komintern. Esta fue la experiencia le impulsó a escribir los diferentes textos que aparecen recopilados en el libro que aquí reseñamos.

Tras su regreso fue detenido en Barcelona en febrero de 1925. A pesar de esto en 1943 calificaría a Miguel Primo de Rivera como un “paternal dictador”, un “dictador bondadoso” (p. 81). Encarcelado en Montjuic, entró en contacto con el Padre Gafo, un dominico activo en el sindicalismo libre, que le aproximó al catolicismo y al rechazo al comunismo. En pocos años, tras salir de la cárcel, pasaría a dirigir el católico *Diario Regional* en Valladolid. Como parte de esta evolución llegó a colaborar con *Acción Española* y finalmente se afilió a Falange. El 18 de julio de 1936 fue el enlace de los sublevados en Oviedo y estuvo al mando de una compañía de defensa de la ciudad. Tras ser nombrado Delegado Sindical y Delegado de Trabajo en Valladolid, con el fin de la guerra civil se retiró a la vida privada, aunque continuó durante los años cuarenta colaborando en diversos diarios y revistas como *El Español*, *Libertad* y *Arriba*. Fue en estos años cuando publicó la serie que nos ocupa y da título a este libro.

Como sostiene Forti en la indispensable introducción a los textos, es fundamental, y aquí radica seguramente la aportación más relevante del libro que nos ocupa, leer la serie “Un español en la Komintern” desde la perspectiva del Pérez Solís falangista sin dejar tener presente la evolución que reseñamos aquí brevemente. En estos textos de 1942-1943, el anticomunismo es claramente el elemento que recorre todos los artículos y, por ello, no es extraño que las referencias antisemitas aparezcan siempre relacionadas a la victoria nazi en el este. Como escribió en marzo de 1943, desde su punto de vista, las “hordas agrupadas por Moscú bajo la bandera de la hoz y el martillo” tenían solamente “instintos primarios”. Eran, como solía repetir la propaganda franquista y nazi, simultáneamente judías y asiáticas.

“Un vocal español en la Komintern”, la larga serie que da título al libro, es de una gran riqueza. No solamente por el estilo ágil de la escritura de Pérez Solís —que Forti destaca con acierto en su introducción— sino, fundamentalmente, por la cantidad de información, valoraciones y detalles sobre la Rusia soviética, sus dirigentes y su vida cotidiana, que el lector puede encontrar en sus páginas. La impronta guerracivilista y de adhesión a los postulados franquistas es evidente en todas sus páginas, desde la referencia a “la” Internacional Comunista —“hembra, aunque del peor género de las vírgas” (p. 35)— hasta las referencias a Trotski, de quien se afirma que “no obstante su sangre judía y su filiación bolchevique, debía ser patriota a su manera” (p. 52).

En numerosos fragmentos, la presencia de la Segunda Guerra sirve a Pérez Solís como telón de fondo para articular sus recuerdos sobre su experiencia rusa. En este sentido, por ejemplo, las páginas sobre su entrevista con Bujarin dedicadas a la im-

portancia de Alemania en la lucha revolucionaria internacional son especialmente interesantes. Frente a la objeción de Pérez Solís sobre la existencia de Polonia entre la Unión Soviética y la República de Weimar, el líder ruso supuestamente había afirmado: “¿Polonia? Polonia tiene dos razones de ser: que la han inventado Francia e Inglaterra, y que, por ahora, Alemania y la Unión Soviética tienen que esperar”. Recordando —o inventando— esta respuesta Pérez Solís apostilla: “Mucho me acordé de esto en 1939”.

Los comentarios sobre las tensiones internas dentro del Partido Comunista soviético tras la muerte de Lenin presentan también un gran interés, desde las valoraciones de Zinoviev y el propio Bujarin hasta las palabras dedicadas al ascetismo de Rykov. En este aspecto, resaltan sin duda las percepciones planteadas a raíz de la breve entrevista que mantuvo —junto a Andreu Nin, que actuó como traductor— con Stalin y los artículos dedicados a la figura de Trotski.

En cualquier caso, Pérez Solís no deja dudas sobre su visión general sobre la experiencia soviética. Hacia el final de esta larga serie de textos en la que se tratan diversos aspectos de la vida cotidiana soviética, no duda en afirmar que la dictadura del proletariado no era más que “otra engañifa”. Se trataba, sostiene, únicamente de “la dictadura de un grupo bolchevique, cambiante según la osadía del gerifalte de tanta, que, con los resortes del Estado en la mano y con el invisible designio de suprimir ‘físicamente’ toda oposición, imponía sus puntos de vista”. (p. 96).

Pero si el objetivo es entender la evolución de las ideas de Pérez Solís, esta visión relatada en los años 1942-1943 se había de contraponer a los textos previos de este militante comunista, primero, y falangista, después. Este es, sin duda, uno de los

grandes aciertos del editor. Esta necesaria contraposición se presenta a través cuatro documentos textos anteriores a “Un español en la Komintern”: los artículos escritos desde Moscú publicados en el comunista *La Antorcha* entre el verano y el otoño de 1924 —que funcionan en cierta manera como la contracara de los textos de 1942–1943—, una carta-prólogo escrita para el libro *Los soviets* (1926) del director de *El Diluvio* José María Vilá, un largo prólogo a *La Antorcha Rusa*, un libro publicado en 1929 por Luis de Andrés y Morera, activista somatén y fundador de la sección española de la Entente Internacional contra la III Internacional, y el fragmento de sus memorias noveladas, *Memorias de mi amigo Óscar Perea*, donde Pérez Solís recuerda en 1929 —el libro se publicó finalmente dos años después— sus días en Rusia.

En estos trabajos se observa claramente la transición entre una defensa militante del proyecto soviético y su crítica radical, su rechazo visceral. Para poder comprender la evolución del pensamiento de Pérez Solís, y a través suyo de una parte significativa de los *tránsfugas* españoles y europeos, las dos aportaciones publicadas en la segunda mitad de los años veinte resultan fundamentales. En ellas puede observarse con cierta claridad cómo en pocos años un intelectual militante podía pasar de afirmar que el “movimiento revolucionario nacido en Rusia en 1917 es el más vasto de cuantos ha visto la Historia” (p. 173) a escribir “Yo he sido comunista. Basta con que diga esto para que cualquiera se percate de que hoy no creo en el Comunismo” (p. 187). La cuestión religiosa, que aparece de manera destacada en sus memorias noveladas, resulta de gran importancia para comprender esta transición. “A pesar de los esfuerzos realizados por la dictadura bolchevique para reemplazar la fe religiosa por el ateís-

mo, saltaba a la vista la profunda religiosidad de que daba muestras la mayoría de la población” (p. 205), escribe en 1929 recordando las manifestaciones de la Pascua de Pentecostés que había observado cinco años antes. Un Pérez Solís que había abjurado del comunismo y abrazaba entonces el catolicismo militante y creía ver en esta religiosidad una expresión de los “dolores íntimos del pueblo ruso”, una muestra de una “discrepancia manifiesta” (p. 206) con el régimen bolchevique.

En líneas generales, y a manera de conclusión, puede afirmarse que este libro constituye una aportación fundamental para comprender simultáneamente al menos dos cuestiones. Por un lado, la evolución de la percepción de un dirigente comunista español durante los años veinte —que, por supuesto, abjuraría del comunismo hacia el final de esta década— sobre régimen soviético, su despliegue y su primera gran crisis de liderazgo tras la muerte de Lenin. Se presenta así una documentación que no se encontraba recopilada hasta ahora, que cobra un gran relieve al ofrecerse desde una mirada diacrónica y que resulta relevante por el carácter militante de Pérez Solís, lo cual permite ver una perspectiva diferente de otras visiones más conocidas, como las de Fernando de los Ríos o Ángel Pestaña. Por otro lado, como ya he comentado, el libro presenta numerosos elementos para analizar y comprender, en clave simultáneamente española y europea, el fenómeno del transfuguismo y las diversas líneas de pasaje entre el comunismo y el fascismo transitadas por diversos dirigentes e intelectuales entre los años veinte y treinta del siglo pasado. Por todo esto, este libro constituye una referencia ineludible para los investigadores y las investigadoras

que quieran acercarse a estos temas en los próximos años.

*Maximiliano Fuentes Codera*  
(Universitat de Girona)

Javier Aristu *El oficio de resistir. Miradas de la izquierda en Andalucía durante los años sesenta*, Granada, Comares, 2017, pp. 208.

El llibre que tinc entre mans és la prova feaent de que l'escriptura sobre el passat s'enriqueix amb les aportacions des dels marges o, directament, l'exterior de la disciplina històrica. Aquest assaig s'articula sobre dos eixos: les esquerres i Andalusia. A les seues pàgines es repensa i reflexiona sobre la gènesi, desenvolupament i els atzars d'una cultura democràtica i antifranquista en les terres que s'estenen de Despeñaperros cap al sud. És per això que, malgrat el títol, el relat abasta un espectre cronològic que s'inicia amb el *desarrollismo* franquista fins la instauració del partit socialista – i en aquest punt estic totalment d'acord amb l'autor– com a partit dominant, més que no pas dirigent, de la vida política andalusa (i podríem afegir d'Espanya, com assenyala Rafael Díaz-Salazar) . Així mateix, la història narrada apareix, en algunes ocasions, connectada amb el present; recordant-nos que, com assenyala el pensador oriünd de Sardenya i agradava de recordar al recentment malaguanyat Josep Fontana, «la història és sempre història contemporània, és a dir, política».

Com remarca Aristu de forma explícita, el relat es troba imbuït d'una perspectiva melangiosa, que titlla de fructífera, en què es pretén conjuminar, per una banda, una reivindicació del que Cristian Ferrer ha anomenat *lluitadors quotidians*, i, per l'altra, un cop superat el període de latència, contribuir a generar els materials capaços

d'articular nous horitzons polítics, d'aprofundiment democràtic i del benestar social. Conjurar-se, així, en l'enfrontament amb allò que Traverso, inspirat per Daniel Bensaid, anomena la «cultura de la derrota». Cultura que assota les gents progressistes en general i, més concretament, a la cultura(es) política(ques) comunista(es). En aquest sentit, per tant, Javier Aristu diposita el seu gra de sorra en aquest projecte de rescalament memorial, de construcció d'una *contramemòria* – tot conjurant la nostàlgia que pose en valor el bo i millor, però no només, de l'Andalusia antifranquista, així com les reflexions que aquests plasmaren sobre la mateixa.

Malgrat no pertànyer al gremi dels investigadors del passat, com deia, l'autor recorre a diferents elements que conformen part de la caixa de ferramentes de l'historiador. A banda de l'experiència viscuda en tant que militant antifranquista, Aristu basteix aquesta aproximació calidoscòpica amb les ulleres de diversos personatges i les seues reflexions, el coneixement d'algunes de les principals obres que abasten el procés, fonts primàries i d'arxiu (tot i que, per motius obvis, són les menys) i algunes entrevistes, entre les que caldria destacar la realitzada a José Rodríguez de la Borbolla, president a la Junta de Andalucía entre 1984 i 1990 i factòtum del projecte socialista. Tot i així, qualsevol comentari sobre suposades mancances o insuficiències heurístiques podria ser fàcilment qüestionat: en cap cas l'obra pretén fixar una interpretació historiogràfica, sinó enlluernar determinades àrees, recuperar perspectives oblidades, recórrer biografies gairebé anònimes, algunes, altre no tant, que, com en qualsevol aproximació, constitueixen els retalls que l'autor va cosint en una totalitat dotada de sentit.

El llibre es troba organitzat en nou capítols que, si u es fixa en els títols, podrien